

sara sefchovich

**mujeres y prosas:
el origen de los
temblores
en México**

I

¿Por qué escriben las mujeres?

¿Por qué escriben prosa las mujeres?

¿Por qué escriben prosa las mujeres en México?

Primera transgresión:

La célebre, la primera, la que no se puede no-nombrar, la Sor Juana, ya increpaba a la adusta Sor Filotea por haberle prohibido tomar libro y escribir letra, y si bien la conocida epístola si es en prosa, ¿cómo resistirse (valga la transgresión) a este soneto maravilloso de la tan mujer y tan monja y tan escritora?:

“En perseguirme, Mundo, ¿qué intereses?

¿En qué te ofendo, cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento
y no mi entendimiento en las bellezas?

Yo no estimo tesoros ni riquezas;
y así siempre me causa más contento
poner riquezas en mi pensamiento
que no mi pensamiento en las riquezas”

II

¿Por qué escriben las mujeres?

María Luisa “La China” Mendoza escribe porque desde adentro le sale, le brota, le surge y le revienta la prosa más rica, más barroca, más mexicana, bordada, repujada, viva y sensual. La China revive mitologías macondianas, recupera vidas de familia, de mujeres, de provincia mexicana: sus secretos, casas, viejas fotos, amores y destinos que ella llevaba cargando en el vientre con un dolor, una pasión, una entrega que ¿cómo no iba a escribir la China Mendoza?

Un día Emmanuel Carballo le mandó preguntar por qué escribía, y con la fluidez con que se suelta y desborda en la televisión, en su columna de periódico, en su novela, la China respondió: “Consumida, devorada, escarnecida por el juego, en la caldera, a quema palabra. . . Es que no sé hacer otra cosa. Mi sino. Mi destino. Mi vocación. Mi manda. Escribo en las llamas de la necesidad de vivir. Primero: parir, hacerme adentro el hijo y echarlo, y luego para comer, para que mis manos obreras amasen mi pan y el de los míos. Escribo porque me he tomado el derecho que nadie dádome ha, muy al contrario, negándome es, solitaria brasa, terco incendio del alma. Escribo con los pedazos de la carne en la soledad. Pesarosamente segregada y porque es, mi escribir, la insolente libertad que me pertenece. Escribo porque si no lo hiciera me hubiera yo muerto de tantas lágrimas. Porque la palabra es mi respiración, porque si no escribo hoy, una flor se cierra en el monte y sería decreto la condena, el sambenito. Escribo para lavarme las manos de tanta suciedad que a mi alrededor se acumula”.

La China Mendoza, adolorida por sus muertos y por los de todos nosotros en Tlatelolco, adolorida por su soledad de escritora y de mujer cuyo vientre no va a parir. La China Mendoza, venida de la sierra con sus mañanas y sus vientos, con sus perros, sus interiores, sus senos duros, su cuarto de no-planchar, su desesperación por toda la sangre, las guerra, las culturas regadas en este país. La China Mendoza inventa, rellena, juega, construye, arma, recrea con las palabras de este “castellano libérrimo” que se vuelve viscera, que se vuelve lenguaje, que se vuelve lucidez, imaginativa, inventiva.

La China Mendoza escribe “para ser amada, para quedar en la historia, para quedar límpida, para cerrar su casa y para el pueblo”. Eso dice ella. Escribe también, eso digo yo, para exorcizar los tantos fantasmas que lleva adentro y los tantos muertos que lleva afuera. Mujer que escribe con pasión, pasión y de corrido, de corrido y desbordada, y con una enorme, infinita, femenina tristeza, ternura, sensualidad.



Elena Garro



Con él, conmigo, con nosotros tres es la voz adolorida de México en cada línea y en cada palabra: sexos y embarazos y amores y abandonos y Cristo y los muertos y la sangre y la sangre y la revolución y la ciudadela y muchos nombres mágicos de las Angustias, las Felicitas, los Juanes y ella, la China Mendoza, ahí en medio, con todo eso metido adentro y sin saber "ni por dónde empezar con tus tantos personajes aniquilados y tu vida de soledades desde quién sabe cuántas generaciones atrás".

La China Mendoza: prosa contagiosa, prosa rancia, prosa de un país amarrado y encadenado, rico y riquísimo, que no se mira a sí mismo, que se deja llevar pasivo y resignado al sacrificio y a los muertos y que sólo en silencio se alebresta.

¿Por qué escriben las mujeres?

¿Quién puede preguntarle a Elena Garro por qué escribe?

¿Quién puede encontrarla en sus fantasías, escondites y recuerdos?

Mujer de prosa pausada, lisa, blanca, transparente, sencillísima, llena de plantas y cestos de pan dulce, atravesada por sirvientes fieles, por viejos, por cuentos y supersticiones, por muertos sin cabeza y campesinos descalzos, por noches aterradoras y polvo de los campos, por sacos de maíz y hamacas, por gente perdida, perdida y amiedada. Elena Garro: dos libros mara-

villosos: *Los recuerdos del porvenir* y *La semana de colores*.

Elena Garro escribe porque no puede con la soledad del campo, con sus vivencias de niña llena de fantasías y miedo, con su destino, con la pobreza, con los días y las noches y con las palabras. Por eso abraza un árbol para contarle todas sus penas y mira con espanto como éste se seca. Por eso huye y se pierde once días y nueve días por las calles inhóspitas de la Ciudad de México. Por eso revive el viento que se cuele por las paredes, los pasos que se oyen, las tejas que se levantan, las calacas que reclaman. Por eso le pone a todo muchos colores.

Elena Garro escribe porque está poseída por los tlaxcaltecas que cada noche y cada día la esperan en la ventana, en Tacubaya y en Chapultepec. Escribe porque es una señora de casa elegante y de trenza, una señora de dinero y de canasta, una extraña combinación del México mítico y de su presente. Elena Garro es todas las mujeres nanas y madres y días y hermanas y calaveras que tiene este pueblo. Sus anillos, sus frijoles con chorizo, su esperar y su callar. En lugar de preguntarse por qué escribe Elena Garro habría que preguntarse por qué no escribe más.

¿Por qué escriben las mujeres?

En toda la narrativa mexicana no hay respuesta más clara a ésta pregunta que en el caso de Rosario Castellanos.

Rosario Castellanos vive y expresa en su obra dos indignaciones, dos desesperaciones fundamentales: la del indígena (marginado) y la de la mujer (marginada). Por ésta última, Rosario Castellanos se lamenta y se rebela contra un destino que no ofrece más alternativa que la de ser ignorante, ser amante, ser cocinera, bordar y ahorrar espiar y llorar.

Rosario Castellanos escribe con una prosa tan cotidiana y tan coloquial como son los temas que toca: el matrimonio, la soltería, la vocación, la familia, temas de todos nosotros tan conocidos y amén. Sólo que nadie como ella para penetrar con finísimo humor, con ironía, hasta la médula de la condición de la mujer.

Rosario Castellanos escribió porque como le dijo un día a Margarita García Flores, se la pasó sobreviviendo a las mínimas tragedias cotidianas y como le dijo un día a Alaíde Foppa, era demasiado fea. Rosario Castellanos escribía porque ese fue el destino que escogió, por culpa, por vacío, porque sentía una ausencia que con nada se colmaba y una curiosidad y una obsesión y una vocación. Rosario Castellanos escribía porque "No es que el poeta busque la soledad, es que la encuentra".

Rosario Castellanos encuentra que la vida de las mujeres es una forma de muerte: frustración, atavismos, limitación, ignorancia. Desde la Zoraida, la Amalia y la Matilde de *Balún Canan* hasta la Emilina de "Los Convidados de agosto"; desde la Natalia y la Julia solteronas hasta la Reinerie de "Vals Capricho"; desde las cuatro mujeres de *Oficio de tinieblas* hasta la señora Justina de "Cabecita blanca"; desde la recién casada en comisión transparente soportando "el amor" y soportando la cocina, hasta la mujer rica que pasa la tarde del domingo entre amigos y amante; desde las escritoras laureadas hasta las jóvenes que inician su vocación, todas ellas se resumen en aquella pregunta del *Album de familia*: "Soy yo, ¿pero quién soy yo?"

Dice María Rosa Fiscal: "La mujer, desvalorizada y desexualizada en la estructura familiar de México, carece de desarrollo subjetivo así como de una individualidad vigorosa". Nadie lo ha denunciado con más dolor y sentimiento que Rosario Castellanos.

En algún lado dice Carlos Fuentes que la mujer mexicana todavía o apenas está esperando "su" novela. Rosario Castellanos no pudo conseguirla. Empezó a exponer la situación de la mujer en un país donde se rompía la estructura, donde la herencia del campo se transformaba, donde crecían las ciudades y aparecían las fábricas y las avenidas y la pequeña burguesía. El problema no es pues, señor Fuentes, que aún no exista una novela sobre la mujer mexicana: el problema es que no hay una mujer mexicana

(así, una, hegeliana y absoluta). ¿Es acaso la mujer mexicana la Jesusa Palancares o la recién casada de la ciudad o la Sabina de cabellos rojizos?

Segunda transgresión:

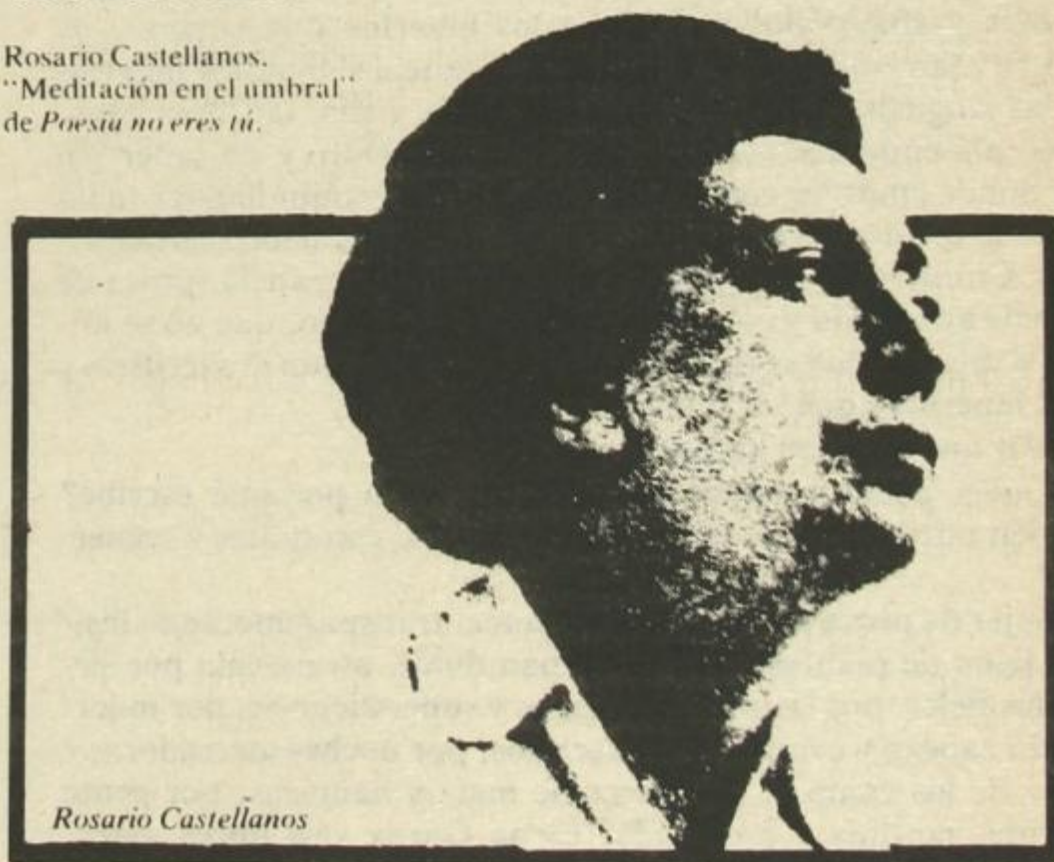
No, no es la solución tirarse bajo un tren como la Ana de Tolstoy ni apurar el arsénico de Madame Bovary ni aguardar en los páramos de Avila la visita del ángel con venablo antes de liarse el manto a la cabeza y comenzar a actuar.

Ni concluir las leyes geométricas, contando las vigas de la celda de castillo, como lo hizo Sor Juana. No es la solución escribir, mientras llegan las visitas, en la sala de estar de la familia Austen ni encerrarse en el ático de alguna residencia de la Nueva Inglaterra y soñar, con la Biblia de los Dickinson, debajo de una almohada de soltera.

Debe haber otro modo que no se llame Safo ni Mesalina ni María Egipcíaca ni Maddalena ni Clemencia Isaura.

Otro modo de ser humano y libre.
Otro modo de ser.

Rosario Castellanos.
"Meditación en el umbral"
de *Poesía no eres tú*.



Rosario Castellanos

¿Por qué escriben las mujeres?

¿Como podría no escribir Elena Poniatowska? Ella que ha sabido, sido capaz de, podido, escuchar las historias de la gente de este país, ella que ha escrito las fantasías de una niña enclaustrada con las monjas, ella que ha recreado el infinito amor de la mujer por su hombre, ella.

Elena Poniatowska dueña del castellano, dueña del mexicano intuitivo, rico, intenso sin sensualidad, pausado sin pasividad. Elena Poniatowska pura ternura, puro dolor, pura culpa compartida, puro compromiso. Elena Poniatowska escuchando, recogiendo, recreando, inventando y desapareciendo humilde detrás de sus personajes que crecen y crecen, en *La noche de Tlatelolco* y en *Los cuentos de Lilus Kikus*, en *Hasta no verte Jesús mío* y en *Querido Diego, te abraza Quiela*.

Elena Poniatowska: el lenguaje de las nanas, los cuentos de amor de las adolescentes, la incredulidad del abandono, los golpes del marido, la estupidez en la Revolución, el hombre, los piojos en la cabeza, la vergüenza de Tlatelolco. Elena Poniatowska: Jesusa con sus gallinas, jóvenes en la cárcel, asambleas de ferrocarrileros, un árbol de limones, una carta desde París y mil historias más guardadas en el cajón.

Elena Poniatowska: testimonio, la dolorosa historia de este país en entrevistas y novelas, el rescate conmovido de muchas tristezas en una prosa fluida y natural. Elena Poniatowska: solidaridad, emoción y frescura, pero sobre todo mucho amor por tantos y tantos seres engañados a los que supo recoger con limpieza y honestidad. Por eso consigue lo que quiere: incendiar.

Elena le dijo alguna vez a Margarita García Flores que ella era sólo una escritora decente. Lo que pasa es que no sabe que entre todos esos que venden sus productos turísticos a las editoriales del mundo queda muy poca decencia, y que su obra es grande entre las grandes de la literatura mexicana.

En México las mujeres escriben. Escriben Elena Poniatowska y Elena Garro, escriben María Luisa Mendoza y Rosario Castellanos. Prosas mexicanas, de temas mexicanos y de lenguajes mexicanos, pero sobre todo: de mujeres mexicanas.

III

¿Por qué escriben las mujeres?

Julieta Campos responde a Emmanuel Carballo: "Escribo para recuperar un paraíso del que ni siquiera tengo memoria". "Escribo porque no puedo evitarlo, porque tengo deseo: la escritura es un objeto de amor que nos inventamos y que de cierta manera nos inventa". La escritura es un objeto de amor imaginario. Julieta Campos: suavidad, silencio, pausa, sueño, elegancia, cadencia y sobre todo mucho oficio. Su mundo es un estado de ánimo, "un magma informe donde coinciden con supuesta incongruencia impresiones, recuerdos, emociones, fantasías". *Tiene los cabellos rojizos y se llama Sabina*, es la relación obsesiva y laberíntica de una mujer consigo misma y con sus ganas de

escribir. *Celina y los gatos*, es la historia progresiva de fantasmas personales que arrancan de o llegan al suicidio. Sabina y Celina: agua, conchas, sueños, luz y penumbra y sobre todo gatos. Hay en Julieta Campos una intelectual que lee, escucha música, va al cine, viaja, mira de lejos, siempre sentada, entre la nebulosa, una escenografía de un mundo burgués y femenino, una atmósfera cargada que es el puro gusto de mirar y decir, el gusto de lo que parece estático, la pura obsesión por la palabra, por el tiempo, por los objetos y las memorias, el puro romanticismo: "No hay que desvestirse demasiado a la literatura": Julieta Campos.

Luisa Josefina Hernández es la escritora más prolífica de México, alejada del mundo de los sueños por el de las construcciones sobre la realidad, los laberintos y los niveles, los puntos de vista, las posibles profundidades del personaje. Hay un orden en su obra, una constancia, un cuidado, una sapiencia de la vida que no se desborda sino que se va dando progresivamente, que va enredando al lector-espectador "sí existente. . . (en) un profundo suspiro".

Dos obras de Luisa Josefina Hernández: *Los palacios desiertos* y *Nostalgia de Troya*, son historias aparentemente sencillas, claras, internacionales en sus personajes, ritmo, lenguaje, facilidad de lectura y estilo de inteligencia. Están pobladas de seres, como esos cualquiera que llenan el mundo con sus aparentes pe-



queñeces para desdoblarse hasta la complejidad de la neurosis, con un "artificio que deja estupor". Personajes que se acercan al estereotipo sin serlo porque conservan su calidad de sufrientes. Ahí está Elena que busca el incendio, ser dueña de su alma, negarse a la mezquinidad de aquellos que le corresponde, celar su intimidad. Elena "ha amado tanto su vida que para defenderla hizo nacer un instinto creador de la más pura sutileza". ¿Serviría esta frase como respuesta de Luisa Josefina Hernández a la pregunta de por qué escriben las mujeres?

Josefina Vicens ha escrito un libro: *El libro vacío*. En él se ha convertido en personaje masculino para buscar las razones de la escritura: hay en ella una interrogación sobre esa necesidad de llenar la página en blanco, sobre ese levantarse jadeante y exhausta después de intentar realizarlo, y sobre la angustia cuando no se consigue.

Josefina Vicens responde a Carballo: escribe para contarse a sí misma secretos casi inconfesables, para poder llevar adelante su trayecto áspero, su sufrimiento, su dolor, su fatiga. Escribir es para ella una condena y un anhelo de expansión. Habla su personaje: "He tenido una pequeña victoria. Hoy hace exactamente ocho días que no escribo. Esta caída es sólo para consignarlo". No cabe duda: la escritura como condena. La vida es sola, oscura y mediocre, burocrática; la rebelión del que conserva sus ideales es interna y la prosa con que lo expresa es limpia, escueta, trabajada, pensada, desbrozada. Con Josefina Vicens habría que preguntarse por qué escriben los escritores, y escucharla responder: por inseguros, por asombrados, por interrogantes.

Amparo Dávila es una cuentista brillante en *Tiempo destruido y Música concreta*. Ahí están "el cotidiano transcurrir de la experiencia entre la soledad y el miedo, el amor y la muerte, la locura y el sueño". Los cuentos de Amparo Dávila son choques eléctricos, más que por los sucesos extraños que en ellos ocurren, por lo contrario: porque muestran el orden del mundo pequeñoburgués, porque descubren la diaria mediocridad, las instituciones, las apariencias de solidez y al mismo tiempo su fragilidad, su fácil ruptura.

Hay en los personajes de Amparo Dávila una "desdicha y una fatalidad", "una necesidad impostergable de expresar algo"; hay en ellos "un ir y venir entre el cielo y el infierno" que los obliga a desgarrarse en la página y a ella la obliga a escribir esa página.

Julieta Campos y Luisa Josefina Hernández, Josefina Vicens y Amparo Dávila escriben. Escriben en México, historias de toda la gente de cualquier lugar donde esa pequeña burguesía se



mueva entre las brumas de su cotidiano existir, sus neurosis sus rompimientos y sus lucideces.

IV

Hay muchas mujeres que escriben prosa en México. Hay Margo Glanz desplegando humor, sapiencia, culteranismo y cultura en sus fábulas. Hay Esther Seligson inventándose personajes ajenos en lenguajes un poco artificiales. Hay María Elvira Bermúdez y Beatriz Espejo y Ulalume González de León y Guadalupe Dueñas y Angelina Muñoz y muchas más. Hay Carmen Rosenzweig.

Carmen Rosenzweig es una prosa trabajada y concentrada que intenta atrapar la realidad en su lado humano, familiar, maternal: "Las multiplicadas maniobras del vivir cotidiano que necesitan efectuar mil y más familias que conviven"; "Los mocosos son el alma del hombre. Sin su dulce carga la soledad sería insorportable". Carmen Rosenzweig escribe porque "en un momento dado adolecimos de varias carencias e irritaciones y padecemos también defectos, todo lo cual no lo superamos". El acto de escribir es una cura de "esta cárdena vida".

V

Autobiográfica la China, autobiográfica Julieta, autobiográfica Rosario, autobiográfica la Garro, autobiográfica Josefina, biográfica Elena.

Vicens, Campos, Mendoza: las ganas de escribir una novela y la dificultad para conseguirlo. Castellanos: siete posibilidades para ser mujer y escritora. Hernández: una novela dentro de otra. Personajes femeninos: complejos, tiernos, vivos, fuertes.

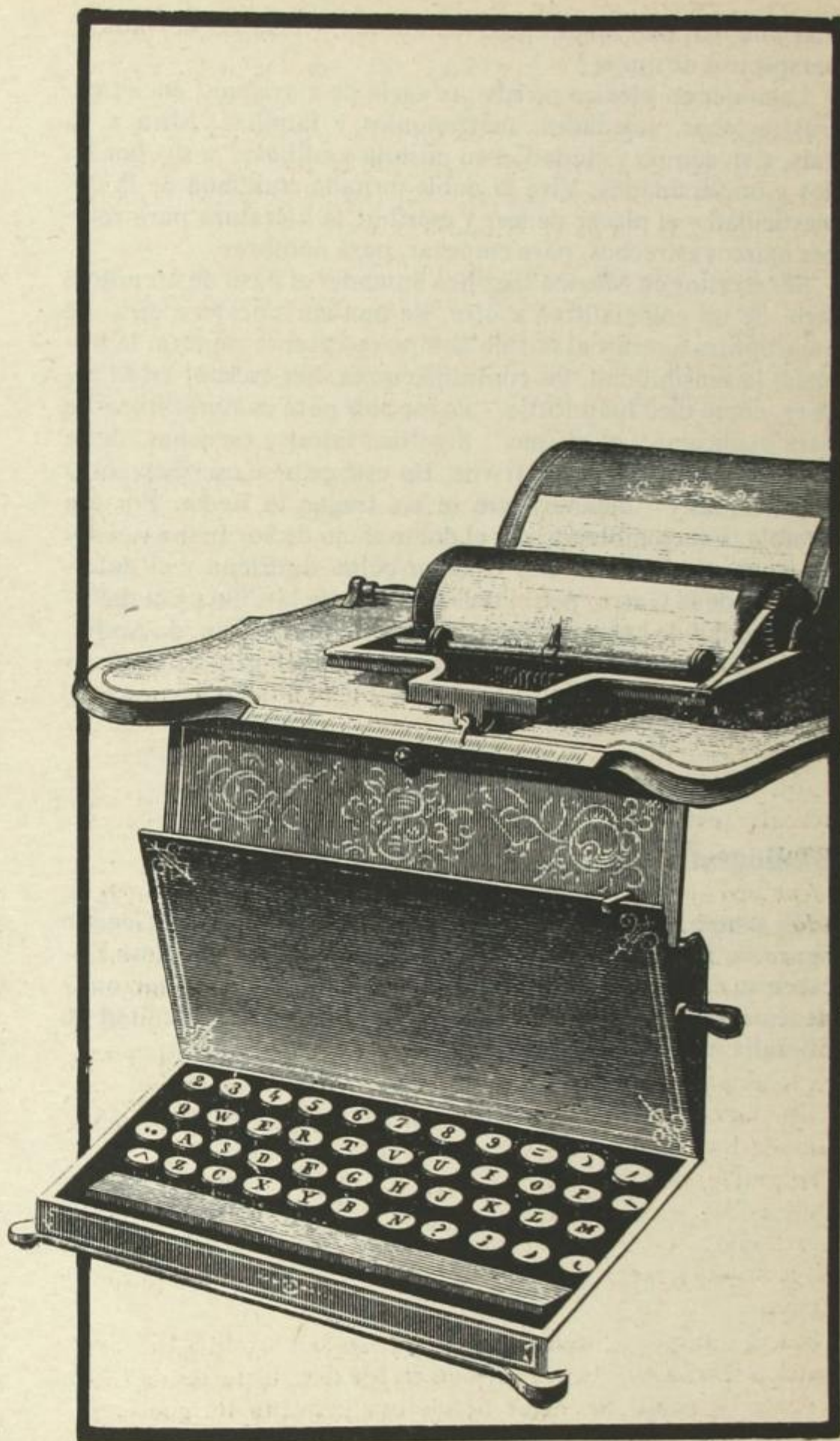
¿Se desdobra en ellos la mujer que escribe?

Y luego, ¿Cómo comparar? ¿Por qué hablar de "mujeres" escritoras? ¿Hay algo que unifique, que permita juntar la historia de Jesusa Palancares con el monólogo de Sabina? ¿O los cuentos con sabor a polvo y resequedad de la Garro con las vidas ordenadas y luego sacudidas de Amparo Dávila? ¿O el René viajante y neurótico de Luisa Josefina Hernández con el José García burócrata inmóvil de Josefina Vicens?. ¿Cómo relacionar la prosa lisa de Carmen Rosenzweig con la prosa barroca de la China Mendoza? ¿Qué tiene que ver la preocupación por el vientre caído de las mujeres que expresa Margo Glanz, con el dolor por las prohibiciones de Sor Juana? O incluso en Rosario Castellanos ¿cómo relacionar a la Matilde escritora con las indígenas que se mueven en *Balún Canán*? ¿Cómo y por qué unificar los tiempos y las vidas y las condiciones de cada una de estas mujeres y de cada una de sus obras?

México, dice Luisa Josefina Hernández, es un país donde da vergüenza ser extravagante o morir de hambre. México, dice la China Mendoza, es un país de envidias, camarillas y enemigos. México es el país de la Revolución y del Villa y del Zapata que conoció la Jesusa y es también el país del Acapulco elegante que conoció la Sabina. México es el país del llanto y la indiferencia, de los indígenas descalzos y las mujeres enclaustradas, es decir, en fin, el país de Tlatelolco. México: desdoblamiento, miserias y dolores, contradicciones y mujeres que escriben, que pueden escribir. País de muchos lenguajes y muchos compromisos, de muchos recuerdos y muchas obsesiones.

¿Qué buscan las mujeres cuando escriben?

Quizá no volverse locas como Carmen Rosenzweig o quizás el absoluto con irrupción de la vida cotidiana como Julieta Campos. Quizá rescatar la historia como Elena Poniatowska o sobrevivir a la soledad como Rosario Castellanos. Hay una procedencia femenina en estas prosas ¿qué es lo que las determina? ¿Es acaso el lenguaje, el tema, los personajes o el modo de transfor-



mar una realidad desde como fue sentida, vivida y observada en perspectiva de mujer?

La mujer en México escribe, se vacía de atavismos, encierros, frustraciones, soledades, matrimonios y familias. Mira a su país, a su campo y ciudad, a su miseria y edificios, a sus bordados y universidades. Vive la doble jornada cotidiana de la domesticidad y el placer de leer y escribir: la literatura para romper marcos estrechos, para empezar, para nombrar.

Ser escritor en México significa entender el paso de un mito a otro, de un colonialismo a otro, de una corrupción a otra, de una ruptura a otra y al mismo tiempo rescatar la riqueza, la historia, la sensibilidad, las contradicciones. Ser escritor en México es, como dice Juan Rulfo, "no escribir para comunicarse sino para explicarse a sí mismo". Significa mirar y escuchar, darle voz a las posibilidades; dar voz. En este país se escriben cosas maravillosas y dejamos que se las trague la tierra. Por eso tiembla. Esta temblando por el dolor-enojo de Sor Juana y el dolor-ironía de Rosario, por el dolor-culpa de Elena y el dolor-fantasia de la Garro, por el dolor-muerte de la China y el dolor-subjetividad de Luisa Josefina, de Julieta, de Josefina, de Amparo, de Carmen. Sí, en México tienen su origen, génesis y principio los temblores.

Bibliografía

1. El soneto de sor Juana está citado en Ramón Xirau, *Genio y figura de Sor Juana Inés de la Cruz*, citado por María Rosa Fiscal en su excelente estudio *La imagen de la mujer en la narrativa de Rosario Castellanos*, Tesis profesional, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1979.

2. María Luisa Mendoza, *Con él, conmigo, con nosotros, tres*, México, Joaquín Mortiz, 1971.

3. Elena Garro, *La semana de colores*, México, Universidad Veracruzana, 1964.

4. Para Rosario Castellanos, además de la tesis citada de María Rosa Fiscal, ver *Album de familia*, México, Joaquín Mortiz, 1977 y *Balún Canán*, México, FCE, 1961.

5. Elena Poniatowska: *Los cuentos de Lilus Kikus*, México, Universidad Veracruzana, 1967; *Hasta no verte Jesús Mío*, México, ERA, 1970; *La noche de Tlatelolco*, México, Era, *Querido Diego, te abraza Quiela*, México, Era, 1978.

6. Julieta Campos, *Tiene los cabellos rojizos y se llama Sabina*, México, Joaquín Mortiz, 1974; *Celina y los gatos*, México, Siglo XXI, 1968.

7. Luisa Josefina Hernández, *Los palacios desiertos*, México, Joaquín Mortiz, 1963; *Nostalgia de Troya*, México, Siglo XXI, 1970.

8. Josefina Vicens, *El libro vacío*, México, Cía. Gral. de Ediciones, 1958.

9. Amparo Dávila, *Tiempo destrozado y Música concreta*, México, FCE, 1978.

10. Carmen Rosenzweig, *Esta cárdena vida*, México, Avelar Hermanos, 1975.

11. Margo Glanz, *Las mil y una calorías*, México, edición de la autora, 1978.

12. Esther Seligson, *Luz de dos*, México, Joaquín Mortiz, 1978.

13. Las respuestas a por qué escriben están tomadas de la encuesta realizada por Emmanuel Carballo "¿Por qué, para qué y cómo escribo?" en el número 24-25 de la revista *Cuadernos de Comunicación*, México, Junio-Julio 1977 y del libro de entrevistas de Margarita García Flores, *Cartas marcadas*, México, UNAM, 1979